

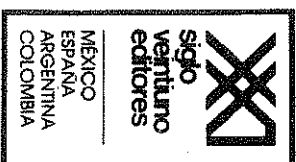
Traducción de
ARTURO ROBERTO FIRPO

4/485 12 copias

HOMBRES Y ESTRUCTURAS
DE LA EDAD MEDIA

por
GEORGES DUBY

prólogo de
REYNA PASTOR



8. ESTRUCTURAS DE PARENTESCO Y NOBLEZA EN LA FRANCIA DEL NORTE EN LOS SIGLOS XI Y XII *

Estructuras de parentesco y nobleza

163

dan la imagen verdadera, diría biológica, del grupo familiar en su duración y son evidentemente indispensables para aprehender las condiciones materiales de la historia familiar. Mientras que las genealogías de la segunda categoría, construidas de otra manera pero no menos ricas, aportan un testimonio fundamental sobre la psicología de una familia, sobre la manera en que se vivían en la época los lazos de parentesco: se trata de los esquemas genealógicos compuestos por los contemporáneos. Estas representaciones traducen una cierta conciencia de la cohesión familiar; además y esto es muy importante, fijaron esta conciencia y la impusieron firmemente a los miembros del grupo, guiando en cierta medida su conducta durante las generaciones posteriores. Sería de fundamental interés comparar tales figuras con la red de las relaciones reales. Pero, en verdad, las genealogías de este segundo tipo son escasas.

He iniciado el estudio sistemático de la literatura genealógica de los siglos XI y XII en el reino de Francia. Indicaré solamente —y este es un aspecto que desde ahora merece reflexión y que reclama ser interpretado en función de unas tradiciones culturales, de unas modas literarias, de unos sistemas de educación, como también de unas realidades políticas y sociales— que esta literatura fue particularmente floreciente después de 1150 y que se desarrolló casi con exclusividad en las provincias occidentales desde Gascuña hasta Flandes. Es precisamente a fines del siglo XII y del extremo norte del reino, de una región que limita con el Imperio, de donde provienen los dos documentos que me propongo comentar aquí. Intentaré extraer de ellos lo que pueda responder a los siguientes interrogantes: ¿qué imagen podía hacerse un hombre de la aristocracia de su parentela? ¿Cuál era la extensión y la precisión de esta imagen? ¿Qué recuerdo conservaba de los antepasados? ¿A cuántos individuos, vivos o muertos, se sentía ligado por la sangre y por las alianzas? ¿Qué lugar ocupaban respectivamente en estas representaciones la filiación paterna y la filiación materna? ¿Cómo esta estructura mental, por último, se ordenaba en relación a los dos cimientos reales e ideales de la sociedad aristocrática: la conciencia nobiliaria por un lado y el poder señorial por otro?

En la perspectiva de una historia de las actitudes mentales, que se debe conectar estrechamente con la historia social a fin de prolongarla y aclararla a la vez, estudio desde hace varios años la historia de los lazos familiares en la Francia feudal, en el único sector de la sociedad que aparece suficientemente claro en los documentos, es decir, en la aristocracia. Tales investigaciones se orientan naturalmente en dos direcciones paralelas. Por un lado, pretenden conocer mejor el estado real, concretamente vivido, de las relaciones de parentesco, observando la evolución demográfica de las familias, su fortuna, su implantación (lugar de residencia, lugar de sepultura), sus poderes, sus alianzas, su mayor o menor dispersión, todos los signos, sobrenombres patrimonios o emblemas heráldicos, que manifesten exteriormente la cohesión de sus miembros. Pero estas investigaciones pretenden igualmente descubrir cómo los hombres de aquella época y de aquel medio se representaban su parentela y su propia situación en el seno del grupo. Pretendo además reconstituir la imagen mental de las relaciones familiares, para confrontar por último estas formas ideales con la realidad vivida. Para un estudio de este tipo, uno de los instrumentos de base es, sin duda, la genealogía. Pero en verdad existen dos clases de genealogías.

Por un lado, aquellas que reconstruyen después los historiadores, rastreando pacientemente todos los indicios de filiación y de alianzas a través de los cartularios, los títulos de posesión y los documentos necrológicos. Las genealogías de esta clase, siempre incompletas, a menudo inciertas, nos

* Texto publicado en *Miscellanea mediaevalia in memoriam Jan Frederik Niermeyer*, Groninga, J. B. Wolters, 1967, pp. 149-165.

He conocido el primero de estos textos gracias a Fernand Vercauteren, que ya le ha consagrado un precioso artículo¹. Proviene de un tal Lamberto que se propuso hacia 1152 escribir una crónica y que continuó con su redacción hasta 1170. Mientras componía esta obra histórica, conocida bajo el nombre de *Annales Cameracenses*, Lamberto, al llegar al año 1108, fecha de su nacimiento, eligió introducir lo que él denomina «la genealogía de sus antepasados», *genealogia antecessorum parentum meorum*². Precioso testimonio y único en su género. Primero, porque este cuadro de una parentela no fue en absoluto construido por encargo, para otro, para la gloria de un señor y la ilustración de un gran linaje; fue hecho espontáneamente por su autor y para sí mismo. Fue realizado por un «intelectual», muy preocupado por expresarse bien, por un hombre de la Iglesia, formado en un monasterio, que llegó a ser canónigo regular en Saint-Aubert de Cambrai y, por lo tanto, por un individuo —lo cual deforma un poco la visión que se hacía de su parentela— que vivía separado de la casa familiar, incorporado a otra comunidad y que sobre todo se había distanciado, a causa de su estado, del patrimonio ancestral, de la herencia, de la cual ya no participaba. No obstante, este religioso seguía estando muy preocupado por su rango y por el valor de su linaje. Podríamos decir, además, que esta genealogía es ingenua: no se apoya en investigaciones realizadas en archivos; se funda en la memoria personal de un hombre de cerca de cuarenta y cinco años y, según él mismo nos dice, en ciertos testimonios orales. Por último —y esto es lo que le confiere al documento un valor excepcional—, esta genealogía no pertenece a un gran señor sino a un miembro de la pequeña aristocracia: Lamberto proviene de un linaje de simples caballeros de Flandes. Su abuelo paterno había sido, hacia fines del siglo XI, un caballero radicado (*miles et casatus*) del obispo de Cambrai.

¹ «Une parentèle dans la France du Nord aux XI^e et XII^e siècles», *Le Moyen Age* 69, 1963, pp. 223-245.

² *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, XVI, pp. 511-512.

Para analizar convenientemente este testimonio de fundamental valor, es necesario presentar ante todo una síntesis del esquema de parentesco, respetando escrupulosamente el orden que siguió Lamberto para establecerlo.

Lamberto acaba de hablar de su nacimiento y de su casa natal. Ha nombrado a su padre y a su madre. Evoca entonces su ascendencia y describe primero el lado paterno. Para esto se remonta inmediatamente, por su padre y su abuelo, hasta el tío de éste, único representante de la más antigua generación conocida por el autor, y que es, en todo caso, para él, su más lejano «antepasado». Llegado a este punto, Lamberto desciende de grado en grado: evoca a los hijos de aquel hombre; a propósito del primogénito habla también de sus alianzas; luego pasa a los hermanos de su padre, a sus esposas, sin nombrar sus descendientes, a excepción de uno solo, el más cercano del antepasado común; luego, por último, a sus propios hermanos y hermanas. Luego comienza con la descripción de la rama materna, ordenada de idéntica manera: el abuelo, sus hermanos, luego sus hermanas; la abuela, sus hermanos y los linajes de allí resultantes; los tíos de Lamberto, las tías y su descendencia. Tal es la disposición a este simple esquema. En seguida se percibe que, en la imagen que Lamberto se formaba de su familia, los hombres tenían siempre preeminencia sobre las mujeres, los primogénitos sobre los segundones y, por último, que el parentesco por alianza ocupaba un lugar especial al lado del parentesco por la sangre. Con respecto al contenido mismo, revela que el campo de la conciencia familiar era relativamente restringido.

Aunque Lamberto alude, solamente en el linaje de su madre, por otra parte, a algunas ramas alejadas —«famosos caballeros», «hombres eminentes por su nacimiento», «algunos otros muy nobles»—, no evoca expresamente más que a setenta y tres individuos. Pero no designa por sus nombres más que a treinta y cinco, dieciocho del lado paterno, diecisiete del lado materno. De estos hombres y mujeres que nombra, diecisiete pertenecen a la generación de su padre y de su madre. El recuerdo de la generación anterior, la tercera, se vuelve menos preciso: siete nombres solamente. Más atrás en el pasado, en la cuarta generación

sólo escapan al olvido el primogénito del linaje paterno y su esposa, un hombre de quien se encuentran huellas en los documentos de los archivos hacia 1050 y que, por consecuencia, estaba activo unos sesenta años antes del nacimiento de Lamberto, no más de un siglo antes del momento en que éste realiza la descripción. Notemos la escasa memoria de los antepasados.

Lamberto habla muy poco de los miembros de su parentela que pertenecen a su propia generación. Esto tiene su explicación: él vive retirado del siglo, en una comunidad de canónigos regulares; además, su propósito, lo dice claramente, es hablar de sus «antepasados». En este nivel, nombra solamente dos hombres del lado paterno: el primogénito de sus cinco hermanos, el cual, además, ya ha muerto en un combate; otro personaje que ostenta el título de «caballero» reforzado aún por el adjetivo *potens* y que lleva el nombre del antepasado más lejano (este caballero es, en realidad, el primer descendiente, en orden de primogenitura masculina, del abuelo paterno; se puede pensar que posee en herencia el feudo que le fue concedido hace tiempo; se trata evidentemente del jefe actual del linaje). Dos hombres, nada más. Sorprendido por tal restricción, F. Vercauteren sostiene, para explicarla, la siguiente hipótesis: si Lamberto insiste poco en los contemporáneos de la rama paterna es porque, en la época en que escribía, aquélla se encontraba en vías de una rápida regresión económica. Es casi seguro, en efecto, que sus nueve hermanos y hermanas, cuyos padre y madre eran los últimos descendientes de su familia, se encontraban en una situación de fortuna muy mediocre. Al menos, la elección que hace de los miembros de su rama paterna es significativa: nombra solamente hombres y hombres dedicados a la guerra; decididamente hace hincapié en la primogenitura. Para él, la familia paterna se ordena como una «casa», linaje de guerreros, donde predomina fuertemente el primogénito.

Del lado materno, Lamberto designa por su nombre a siete individuos de su generación, parientes menos cercanamente. En verdad, y ésta puede ser la explicación más profunda, estas personas pertenecen casi todas a la Iglesia:

tres primos hermanos, uno monje en Mont-Saint-Eloi, como lo fue Lamberto; otros dos canónigos regulares, como lo es él mismo. Aparecen además, dentro de la parentela menos cercana y ligados al linaje de la abuela materna, otros eclesiásticos ya de más alta dignidad, dos abades y una abadesa. Pero el último nombrado es un laico que adquirió prestigio en la orden militar, fue portaestandarte del conde de Flandes y murió también en la guerra. Otro héroe. De este modo, en la imagen que Lamberto da de los parientes de su generación predomina el lado materno: es el que está socialmente mejor situado.

En los grados sucesivos de la ascendencia, el lado paterno retoma, sin embargo, la delantera: nombra a dieciséis individuos de los cuales doce son hombres.

1. En primer lugar tenemos al padre, sus tres hermanos y el abuelo. Lamberto nada dice acerca de los hermanos de este último. ¿Los tuvo? La dificultad estriba en que no disponemos, a pesar de las minuciosas investigaciones de F. Vercauteren, de un cuadro genealógico verdadero y completo que se pueda superponer a este cuadro compuesto de recuerdos, lo que permitiría limitar exactamente las zonas de olvido. Por lo menos, se puede justificar la presencia exclusiva de estos cinco hombres apoyándonos en lo que dice Lamberto de su existencia familiar. Su abuelo vivía en Néchin, en un dominio que provenía de su mujer. Al establecerse allí gracias a un matrimonio ventajoso había abandonado su lugar natal, rompiendo de esta manera la vida comunitaria con su padre y sus hermanos, si es que los tuvo. Para Lamberto, nacido también en Néchin, el recuerdo de sus tíos-abuelos y de su bisabuelo se ha borrado, pues: sólo se acuerda de la residencia, de la casa y de los hombres que realmente vivieron juntos.

2. No obstante, también conserva el recuerdo, en la generación anterior, la más lejana que rememora, de un tío de su abuelo. Lo designa por su nombre y también por su *cognomen*, que es el nombre de otra tierra y de otra casa: Watirelos. Para él este sobrenombre ha llegado a ser el símbolo mismo de su linaje y de la unidad de éste. En este

linaje, este hombre, sin duda por derecho de primogenitura, encarna el tronco principal: esta es la razón por la que Lamberto, mudo acerca de su bisabuelo, nombra a todos los hijos de aquel antepasado, a excepción de uno cuyo nombre, dice, ha borrado de su memoria.

3. En el lado paterno del cuadro quedan cuatro hombres. Pertenecen a tres casas aliadas, a través de las mujeres, al linaje de Wattlelos. Estos son los hermanos —primogénitos y, por tanto, jefes de familia— de tres esposas: las de dos tíos de Lamberto cuya descendencia no se ha extinguido (el primogénito murió antes que su padre, sus hijos no sobrevivieron y por estas dos razones sin duda no se hace mención del linaje de su esposa); por último, la del primogénito de los hijos del más lejano representante del linaje. El cuarto hombre mencionado es el hijo del anterior: éste representa en efecto la alianza más brillante, que unió el linaje de Lamberto con otro situado en un grado superior de la sociedad aristocrática, los señores de Avesnes, familia de castellanos.

4. Finalmente, en el lado paterno, Lamberto nombra cuatro mujeres: la abuela que hizo entrar en el patrimonio del linaje el alodio donde nació Lamberto; las esposas de sus dos tíos y, por último, la esposa del más lejano jefe de la casa de Wattlelos. La única mujer que evoca sin decir su nombre es una tía que murió soltera. Las mujeres del lado paterno cuyo recuerdo conserva son aquellas que han contribuido al acrecentamiento del patrimonio familiar o que, provenientes de otro linaje, han compartido la vida de la familia y la han unido a otras castas.

Del lado materno, la memoria llega más lejos pero con menos precisiones: solamente diez nombres en la ascendencia y una mayor proporción de mujeres, la mitad. Se nombra al abuelo y a la abuela. Se evoca ampliamente el valor social de sus hermanos respectivos sin que se los distinga individualmente: se trata del recuerdo de un esplendor, de una gloria, de un honor, pero no el de una familiaridad doméstica. Sobre todo, en este lado, la parentela no se concreta en una herencia o en la comunidad de una posesión

territorial. Se nombran además todos los tíos y tías de Lamberto, pero aquí no se designa por sus nombres a los esposos de las tías casadas; no nos da a conocer la nueva casa donde se incluyen; nos da el nombre de la esposa del tío casado, pero no el del hermano de aquella, ni de la casa de la cual procede. Las alianzas matrimoniales de los miembros del linaje de la rama materna no parecen repercutir en la conciencia familiar como los de la rama paterna.

¿Qué conclusión extraemos de esta enumeración, de este largo análisis?

1. En principio un hecho evidente: los hombres ocupan en la memoria familiar un lugar claramente preponderante. Sólo diecinueve mujeres entre los setenta y tres individuos evocados; una proporción un poco más fuerte (30 por 100) entre los individuos designados por su nombre (se necesitaría precisar que todas las mujeres nombradas son parientes muy cercanos, a excepción de una sola que fue abadesa de un gran monasterio). Además, lo decimos nuevamente, en el orden de la descripción los hombres aparecen siempre antes que las mujeres y, por su construcción general, el esquema genealógico pone en primer lugar el *agnatio*. Esta preeminencia masculina se explica en parte por la situación personal de Lamberto, que era él mismo un hombre y un hombre de la Iglesia. Pero también refleja sin duda muy directamente la influencia de las reglas sucesorias que reservaban a los hombres la herencia de los bienes inmuebles. Estas reglas de transmisión, que se aplicaban en particular al feudo (Lamberto vivía en una región y pertenecía a un medio social en donde la mayor parte de las tierras era objeto de una posesión feudal), explican también la preferencia que se otorga al orden de los nacimientos. Lamberto se preocupa por indicarnos siempre —y pone un particular acento sobre la primogenitura— que se trata de hijos o de hijas. Precisemos que el predominio de los hombres es más marcado del lado paterno, en el cual las tres cuartas partes de los individuos nombrados son masculinos, mien-

tras que del lado materno la memoria concedió a hombres y mujeres la misma importancia.

2. Del lado paterno, la memoria se ordena muy claramente en función de la conciencia de una estirpe y de un sentimiento de linaje cuya expresión y sostén es un *cognomen*, un sobrenombre patronímico. Este designa un lugar, una tierra; lo llevan a la vez los dos abuelos de Lambert; los vincula con el antepasado más lejano en el tiempo que, para el autor, representa la raíz conocida de su linaje. ¿Habían conservado aquellos dos abuelos, designados con el sobrenombre de Wattlelos, posesiones en este territorio? Esto es probable para el abuelo materno, cuyo primogénito, caballero, fue luego mayordomo de Wattlelos; es muy improbable para el abuelo paterno, feudatario del obispo de Cambrai, que terminó estableciéndose en el dominio hereditario de su esposa, en el cual vivieron sus hijos y nació su nieto. Aun en este caso, aun cuando aquellos hombres estuvieran colocados en un feudo personal o instalados en el alodio de su mujer o de su madre, reclamaron de allí en adelante (desde fines del siglo XI o un poco más tarde) el nombre de la tierra ancestral, a pesar de no tener derechos directamente sobre ella. Este nombre, transformado en algo abstracto para ellos, marcaba la pertenencia a una «casa», a un linaje, a una estirpe, organizada de manera estrictamente agnática y gobernada por las reglas de la primogenitura. Cimiento de la cohesión del linaje, el nombre de la casa matriz era también el soporte de la memoria familiar. Y si alguien se pregunta por qué el recuerdo de Lambert no se remonta más allá de un antepasado de la cuarta generación, de un hombre que vivía hacia 1050, es posible pensar que en aquella región hacia mediados del siglo XI fue precisamente el momento en que al nivel de los *milites*, en esta capa inferior de la aristocracia de la que procedía Lambert, los grupos familiares se constituyeron en linajes, fijándose precisamente en una tierra, ya en alodios ya en feudos indivisibles, transformados decididamente por la evolución reciente de las costumbres feudales en hereditarios por derechos de primogenitura. En consecuencia, fue sólo entonces cuando se organizaron en «casas», adoptando al mismo tiempo un

cognomen. Anteriormente, más allá de este umbral cronológico, las relaciones familiares en la caballería se ordenaban sin duda de otra manera. No había casas, ni por tanto *cognomina* familiares, ni estirpes, sino grupos de parentesco que gravitaban alrededor de la casa de un señor, de un jefe. El recuerdo de aquellas redes familiares mucho menos coherentes, difusas y cambiantes según el capricho de los matrimonios, se perdió muy rápidamente. La memoria de los antepasados se afirmó en el momento en que las estructuras de parentesco adoptaron alrededor de una ubicación territorial, de una herencia, de un conjunto de derechos definidos y bien ligados al patrimonio, resueltamente la línea agnática. El testimonio de Lambert de Wattlelos permite, pues, situar esta transformación fundamental en aquella región y en aquella capa social, hacia mediados del siglo XI. A primera vista, lo que se conoce de la historia de la aristocracia y de las estructuras feudales no contradice en nada esta hipótesis.

En el esquema de Lambert aparece además con claridad que la línea materna se organiza de manera semejante en un linaje: de los hijos del abuelo sólo uno, el primogénito, está casado y posee los bienes hereditarios de la descendencia; de sus tres hermanos, dos siguen siendo «jóvenes», es decir, caballeros de aventuras, solteros y sin establecerse; el último ha ingresado en la vida religiosa. No obstante, en la conciencia de Lambert el linaje de su madre ocupa una posición un poco diferente. Aquí entro a considerar otro aspecto: el papel de las mujeres y de las alianzas matrimoniales.

3. Ya he señalado que las mujeres no tienen el mismo peso ni la misma resonancia en ambos lados de la ascendencia, y no sin razón. En efecto, al casarse, la esposa penetra en la casa de su marido, se incorpora a ella. Del lado paterno, Lambert considera a las esposas de sus tíos como agregadas. Las nombra. Pero nombra igualmente, si no a su padre, al menos a su hermano primogénito o al hijo de éste. Al hombre que, en la época de la redacción de los *Annales Cameracenses*, dirigía su linaje. Por su intermedio un lazo de familiaridad se estableció efectivamente entre los hom-

bres de la casa de Lamberto y los de las casas de donde provienen sus mujeres. Tal lazo no es percibido tan fuertemente por Lamberto cuando se trata de las mujeres agregadas por patrimonio al linaje de su madre; sin duda, se incorporaron a aquella casa, pero en relación con el linaje principal, el del padre del autor de esta genealogía, se encontraban en desventaja. En cuanto a las hijas del linaje, la alianza matrimonial las ha sacado completamente de su casa y, por esta razón, la memoria familiar no retiene el nombre de sus maridos.

4. En el plano de las relaciones afectivas y concretas, la aportación de las mujeres extranjeras al linaje se puede considerar, sin embargo, a través de la descripción de los *Annales Cameracenses*, según tres puntos de vista:

a) El hermano de estas mujeres, en primer lugar, parece ejercer una fuerte influencia sobre el destino de sus hijos varones. Es para ellos su sostén natural, el protector; hallamos aquí la ilustración concreta de la posición privilegiada que ocupaban entonces los lazos entre sobrino y tío materno en la red de las relaciones de parentesco. Ciertos historiadores de la sociedad feudal, y particularmente Marc Bloch, han interpretado en este sentido algunos de los temas de la literatura caballeresca.³ Aquí hay un testimonio directo que corrobora estas observaciones. Muestra claramente que tales relaciones se desarrollaron sin contradecir, muy por el contrario, las estructuras patrilineales del parentesco. En el caso de Lamberto, el nombre que lleva es el de un hermano de su madre; otro de sus tíos paternos, hombre de la Iglesia, que llegó a ser abad de Mont-Saint-Eloi; lo guió en su carrera, lo llevó a su monasterio y luego lo estableció como canónigo, como hizo con tres de los hijos de sus otras hermanas. En cuanto al hermano primogénito de Lamberto, el único nombrado, consagrado al estado militar, parece haber seguido en la existencia aventurera de los

juvenes, de los guerreros solteros, a uno de los hermanos de su madre, también el caballero de aventuras.

b) La esposa, al casarse, aporta a la casa de su marido bienes, algunas riquezas que provienen de su propio linaje y que están destinadas, en la generación siguiente, a sumarse a la fortuna de sus hijos, a los bienes heredados del padre. Hecho significativo: en el croquis genealógico establecido por Lamberto, los únicos *cognomina* citados, excepto el *cognomen* de su linaje y el de los cuñados de sus tíos paternos, recuerdan la casa de su madre y de sus dos abuelas, es decir, evocan las partes de la herencia, los bienes introducidos por aquellas mujeres en el patrimonio familiar. ¿De qué bienes se trataba? La abuela materna, dado que tenía un gran número de hermanos y hermanas, no aportó tierras a su marido, sino bienes muebles, esclavos (*servi et ancillae*), y su nieto lo recuerda aún. Por el contrario, la abuela paterna, sin duda porque no tenía hermanos, trajo con ella el buen dominio de Néchin donde vivió su marido, donde vivieron sus hijos, donde nació su nieto. Podemos pues señalar en la familia de Lamberto de Watrelos un fenómeno que parece muy importante en el juego de las relaciones sociales que se daba en el seno de la aristocracia de aquella época. El matrimonio unía a menudo consortes de fortunas desiguales y de ordinario la esposa se situaba en un nivel de fortuna superior a la de su marido. El caso es aquí muy evidente al menos para tres varones del lado paterno: uno de los tíos, el primogénito del tío-abuelo y, sobre todo, el abuelo, aquel *miles casatus* que desposó a la heredera de un alodio muy rico. Tal vez sea esta desigualdad la causa de que Lamberto no nombre a los maridos de sus tías.

c) Este hecho me lleva en todo caso a una última consideración: la mujer aporta de ordinario al linaje en el cual ha entrado por el matrimonio un complemento de renombre, es decir, de nobleza. En el esquema presentado por Lamberto, la rama materna es muy claramente la rama gloriosa. Gracias al padre de su madre, gracias a los diez hermanos de aquél que —y Lambert insiste con placer en este punto— murieron el mismo día en el mismo combate, el recuerdo familiar se abre a la epopeya, se incorpora a

³ Cf. *La société féodale: la formation de liens de dépendance*, París, 1939, p. 213 (hay trad. esp., *La sociedad feudal*, ts. I y II, Ureha, México, 1958).

las «cantilenas» que los juglares en la época de la redacción de los *Annales* aún cantaban. Pero gracias a su abuela materna, Lamberto tiene conciencia de alcanzar lo que él llama la *nobilitas*. *Nobilis, nobilior*, emplea estos adjetivos exclusivamente a propósito del linaje de su abuela materna: este linaje ampliamente propagado del cual está orgulloso y hacia el cual se dirige sobre todo cuando quiere evocar, en el nivel de su propia generación, a los parientes más honorables, a los «amigos» más célebres. Está de este lado toda la carga de gloria, de ilustración, de nobleza.

Estas reflexiones desembocan en el difícil problema de la nobleza y sus relaciones con la caballería. ¿Existía en aquella región y en la época en que fueron compuestos los *Annales Cameracenses*, en la conciencia aristocrática, identidad o diferencia entre el título de *nobilis* y el de *miles*? En principio, un texto como éste, que revela actitudes mentales frente a las relaciones de parentesco, parece sostener la hipótesis de los historiadores que consideran que, en el norte de Francia, la nobleza del siglo XII se transmitía por línea materna: en efecto, a través de la madre de su abuela materna Lamberto se place en mostrar que pertenece a los *nobilis* de Flandes. No obstante, podemos replicar rápidamente diciendo que si Lamberto aplica a su abuela el calificativo de *nobilis* es porque la palabra *miles* no tiene femenino y por lo tanto debía encontrarse otro término para indicar el alto nacimiento de aquella mujer. Pero podemos adelantar otros argumentos más decisivos. Esta abuela noble había tenido hijos, herederos de su sangre y, por consecuencia, de su nobleza. Lamberto no hubiera dejado de designarlos a ellos también como nobles si aquel título, para él, hubiera sido diferente o superior al título caballeresco. Ahora bien, es sólo la palabra «caballero» la que él emplea con el propósito de indicar su rango social. La descripción prueba, pues, claramente que, en esta zona de la aristocracia y a partir del tercer cuarto del siglo XII, el único calificativo que indicaba la superioridad social de un hombre era la palabra *miles*. Agreguemos aún que si la nobleza hubiera sido efectivamente transmitida por las mujeres, el cuadro no habría en verdad presentado aquella estructura de conjunto tan decididamente masculina y patrilineal. En

aquel medio de hombres de guerra y de la Iglesia, los lazos de familia, como la concepción de la dignidad de una estirpe, la ilustración de una sangre, revisitaron desde entonces una forma estrictamente agnática y la noción de nobleza se confundió al mismo tiempo y por completo con la de caballería. Esto no impidió, evidentemente, que en la conciencia del canónigo Lamberto la vertiente materna de su parentela pareciera brillar con un esplendor más vivo. Pero ésta era la consecuencia fortuita de una realidad social, la frecuencia de los matrimonios desiguales; el esfuerzo perseguido de los linajes por casar a sus hijos en un nivel superior; el esfuerzo, sin duda más eficaz, de los grandes señores preocupados por ubicar a sus vasallos domésticos, a los «bachilleres» de su casa, sin empobrecerse ellos demasiado, dándoles por mujer a la viuda o a la hija afortunada de un vasallo; por último, la impotencia de las casas aristocráticas, cuyos hijos varones se encontraban naturalmente en una situación de privilegio por las costumbres sucesorias, para descubrir para las hijas de su estirpe, salvo si la ausencia de hermanos las transformaba en herederas del patrimonio, esposos que no fueran sensiblemente inferiores a ellas.

El segundo texto, el segundo testimonio de la literatura genealógica de la Francia del norte que he elegido para interpretar aquí es de otra extensión. No llena, como el texto de Lamberto de Watrelos, una sola página de los *Monumenta Germaniae Historica*, sino sesenta. Además, se trata de una obra que fue compuesta por un escritor profesional por orden de un señor, por un hombre que utilizó no solamente el contenido de su propia memoria o la de sus familiares, sino toda una documentación, archivos, escritos genealógicos redactados anteriormente y recuerdos ligados a las tumbas de una necrópolis familiar. Esta fuente es, pues, infinitamente más rica y contiene especialmente innumerables indicios laterales de psicología colectiva que me reservo para utilizar en otra parte; por el contrario, el testimonio es mucho menos fresco, menos espontáneo, menos significativo de una imagen mental individual. Este documento

sobre el cual trabajo desde hace tiempo, sin haber agotado su exploración, es la *Historia comitum Ghisnensium* que escribió a fines del siglo XII el clérigo Lamberto de Ardrès.⁴ Esta obra histórica se organiza en función de la personalidad de Arnolde de Ardrès, jefe de la casa en la que Lamberto servía como doméstico, hijo primogénito del conde de Guines y heredero suyo, que poseía ya, como delegado de su madre, el señorío de Ardrès. El libro está construido como una genealogía de Arnolde, es decir, de un castellano, de un «señor», de un hombre perteneciente a una capa aristocrática que sobrepasaba muy claramente al linaje de los caballeros de Watrelos; en consecuencia, este texto nos introduce en otro mundo, en el cual la «nobleza» es más esplendorosa. De esta genealogía no puedo reconstituir aquí todo el esquema en detalle; es muy complejo y sería excedernos de los límites de este artículo analizarlo tan minuciosamente como al precedente. Me limitaré, pues, a hacer algunas observaciones; éstas serán un simple complemento del estudio profundo que he hecho sobre el croquis genealógico dejado por Lamberto de Watrelos.

1. La preocupación de Lamberto de Ardrès por describir la ceremonia en que su héroe es armado caballero refuerza la convicción de que el título caballeresco poseía en aquel medio y en aquella época un valor muy importante y que un señor de muy alta estirpe, consciente de pertenecer a través de sus antepasados más lejanos al linaje mismo de Carlomagno, cifraba su gloria, pues, en tal ceremonia.

2. Por otra parte, los dos cuadros de parentesco, el de Lamberto de Watrelos y el de Arnolde de Ardrès, presentan una estructura semejante. El del castellano está simplemente más desarrollado en todas direcciones. Aquí se nombran a doscientos individuos; la memoria se extiende sobre ocho generaciones y trata de vencer los obstáculos para remontarse más lejos aún. Esta extensión procede de las capacidades técnicas del autor de la genealogía, pero sobre todo

de la calidad social del grupo familiar, donde se mezclan, para terminar en Arnolde, los linajes, ya no de caballeros, sino de castellanos, vizcondes y condes. Pero la memoria—aquella memoria que la escritura misma tiene como función estabilizar—se despliega de la misma manera: el 87 por 100 de los individuos nombrados pertenecen a las generaciones I, II, III y IV, el 50 por 100 a las generaciones I y II; pero la generación de Arnolde está menos representada que la generación inmediatamente anterior, que reúne al 37 por 100 de los individuos nombrados.

3. Se da el mismo predominio de hombres: los designados por sus nombres son exactamente dos veces más numerosos que las mujeres. La misma prioridad para el lado paterno: la historia comienza con él y de este lado el recuerdo se sumerge mucho más profundamente en el pasado, ya que se remonta un siglo más atrás. El recuerdo se aventura tan lejos en aquella dirección que pierde pie y, para prolongarse, necesita entrar en el dominio de la leyenda, de la ficción, del mito. Pasando siempre de los hijos a su padre, cuando llega a la octava generación, es decir, a 928, Lamberto de Ardrès tropieza con la imposibilidad de establecer filiações patrilineales seguras. Utilizando un procedimiento que, como K. F. Werner ha demostrado, era empleado corrientemente en aquella época por los autores de genealogías principescas⁵, Lamberto inventa, pues, un antepasado. A éste lo denomina *auktor ghisnensis nobilitatis et generis*, un personaje que parece mítico y al que trata como a un héroe cortés. Habla de *Sifridus* como de un aventurero escandinavo, emparentado no obstante, y en este caso sin ningún fundamento documental, a los más antiguos señores conocidos de la región. El artificio empleado manifiesta una vez más la preocupación constante por representar a la familia en su más larga duración como un linaje, como una sucesión de herederos que, de varón en varón, se transmiten el patrimonio. Por último, transforma a este héroe fundador, por un lado y esto es muy importante, en

⁴ Ed. H. Heller, *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, XXIV.

⁵ K. F. Werner, «Untersuchungen zur Frühzeit des französischen Fürstentums», en *Die Welt als Geschichte*, 1960, pp. 116-118.

el constructor del castillo de Guines, de la fortaleza que debía convertirse en la cabeza del poder condal y en el asiento material del linaje; por otro, lo transforma en el seductor de una de las hijas del príncipe vecino, el conde de Flandes. Por esta unión ilícita, este hombre se transforma en la raíz de aquel árbol de Jesé que constituye después de él la *genealogia ghisnensium*. Del hijo bastardo el poder familiar recibe su legitimación, ya que el nuevo conde de Flandes, su tío, lo adopta como ahijado, lo arma caballero (nuevamente encontramos la transferencia mítica en el pasado de valores que poseía la ceremonia caballerescas a fines del siglo XII), erige su tierra en condado y, por último, se la concede en feudo⁶. Tal es la imagen que los condes de Guines se hacían hacia fines del siglo XII de los orígenes de su familia: para ellos la filiación del linaje comenzaba en los años veinte del siglo X, con la unión del antepasado con la hija de un príncipe, el cual descendía, a su vez, por línea materna, de los carolingios; para ellos el origen del linaje coincidía exactamente con la institución de un poder autónomo alrededor de una fortaleza, del título y de los poderes que estaban ligados a ella y que debían constituir de allí en adelante el corazón del patrimonio familiar. Consideremos ahora, en el mismo texto, la línea materna de Arnolde, la de los señores de Ardres que no eran condes sino simples castellanos. Se observa —y ésta es la diferencia esencial a mi criterio— que el recuerdo se remonta aquí mucho menos atrás en el pasado: el antepasado más lejano que se cita vivía hacia 1030. De esta manera, la memoria de la filiación del linaje se remonta hasta el primer tercio del siglo X en una familia condal y sólo hasta el primer tercio del siglo XI en una familia de castellanos. Estas dos cronologías me parecen dignas de atención.

4. La estructura de la parentela es en las dos ramas, en sus diversas ramificaciones y en todas las direcciones ascendentes absolutamente agnaticia; el autor se preocupa por presentar a los individuos de ambos sexos según el orden de sus nacimientos, distinguiendo siempre a los primo-

⁶ *Historia comitum Ghisnensium*, c. 7-12.

génitos. En la *Historia* la primera alusión a una regla de sucesión por primogenitura se hace a propósito del conde que murió en 1020. El esquema genealógico es el mismo tanto para Lamberto de Watrelos como para Lamberto de Ardres. Pero la parentela de Arnolde tiene caracteres particulares: los dos castillos, el de Ardres y el de Guines, que constituían el corazón de su patrimonio ancestral, pasaron, uno en la tercera generación y otro en la cuarta, por la extinción de los herederos varones y por el casamiento de una heredera, a manos de otro linaje menos poderoso. Otro ejemplo de matrimonios desiguales y de aquella búsqueda de ricas herederas que, como he mostrado en otro trabajo⁷, tuvo tanta importancia en las preocupaciones y en la existencia aventurera de los *juvenes* de la aristocracia de aquella región durante los siglos XI y XII. Se producen, a raíz de este hecho, en la redacción genealógica, rupturas cuya orientación es muy significativa: el autor de la *Historia* no prosigue demasiado lejos, en la dirección patrilineal, la descripción de la ascendencia del feliz marido de la heredera. Le cuesta sin duda hacerlo, pues la memoria de los antepasados de este hombre mediocre, de este advenedizo que por su matrimonio alcanzó bruscamente brillo, no se había conservado: se trataba de un hombre nuevo. Lamberto abandona, pues, rápidamente esta dirección, vuelve a la esposa y desarrolla entonces su relato por el lado de la ascendencia de esta mujer, del linaje de sus padres, de los hombres poseedores de los bienes, del castillo, del título, del *cognomen*, es decir, en una palabra, de los verdaderos antecesores de la casa.

5. Se observa también aquí el papel de las mujeres. En verdad, Lamberto de Ardres en tres oportunidades y siempre del lado paterno, hace alusión a las alianzas que, gracias a las mujeres, unieron a sus héroes con antecesores carolingios. Aquí también y con mucha claridad, la memoria más gloriosa se establece del lado de las ramas maternas. No obstante, el conjunto de la historia, toda la memoria genealógica que se conserva de la casa señorial donde vive Lam-

⁷ Cf. *supra* cap. 6.

berto y que su obra tiene como misión fijar, se organiza en función de una herencia, de la herencia de un doble título y de un doble señorío. El patrimonio aparece como el soporte esencial de la memoria de los antepasados y de la conciencia familiar. Hasta tal punto que el autor entiende su descripción y la prolonga hacia todos aquellos contemporáneos de su héroe que pudieran eventualmente pretender tener algún derecho sobre aquella fortuna, incluidos —hecho notable— los bastardos y los descendientes de los bastardos del padre, de los tíos-abuelos, del tío bisabuelo. En aquel medio de la alta aristocracia, entre aquellos jefes de principados, el sentimiento de parentesco aparece evidentemente ligado a una casa, a un castillo, soporte del poder y a la colegiata que lo flanquea. La memoria se remonta con seguridad hasta el antepasado, de cualquier lado que sea, que ha construido la fortaleza fundando de tal suerte el poder y la gloria del linaje. Más allá el recuerdo se pierde.

Quisiera concluir insistiendo en un aspecto que me parece esencial y formular al respecto una hipótesis de investigación. En aquella región de Occidente, la memoria genealógica de los hombres que vivían hacia finales del siglo xii parece extenderse desigualmente según el rango que ocupan: al nivel de la pequeña caballería se remonta hasta mediados del siglo xi; en las familias de los castellanos hasta cerca del año mil; por último, en las familias condales hasta comienzos del siglo x. Estos umbrales, más allá de los cuales se pierde el recuerdo de los antepasados, son tanto más anteriores cuanto más alto es el linaje en la jerarquía de las condiciones políticas y sociales. Esto no es sorprendente. Pero es interesante observar que estos tres momentos cronológicos coinciden con los resultados de las investigaciones de los eruditos que se esfuerzan en la actualidad por reconstruir las filiaciones reales de las familias; tales investigaciones no han podido ir más atrás. Así, en la sociedad de Mâconnais, he podido reconstruir la parentela hasta la primera mitad del siglo xi en los linajes de caballeros, hasta finales del siglo x en los linajes de castellanos,

hasta cerca de 920 en los linajes de los condes⁸. Más allá de estas fechas, me ha sido imposible descubrir quién era el padre del más lejano antecesor conocido. Pero el obsáculo no está en la documentación, que no cambia de naturaleza ni de densidad. Podemos, pues, creer que esta incapacidad (parecida a la que superó Lamberto de Ardrès inventando el personaje del aventurero *Sifridus*) es producto de la transformación misma de las estructuras de parentesco. La desaparición de los indicios de la filiación patrilineal en las fuentes escritas, cuando la investigación franquea aquellos umbrales cronológicos, traduce en verdad una disminución de la importancia de aquellas filiaciones, a partir de aquella fecha, en la conciencia familiar. En los documentos que poseemos todo parece señalar que, en los diferentes grados de la aristocracia, las estructuras de parentesco se habían transformado entre comienzos del siglo x y mediados del siglo xi. Anteriormente, ausencia de linajes, de conciencia propiamente genealógica, de memoria coherente frente a los antepasados. Un hombre de la aristocracia consideraba a su familia como un agrupamiento, diría, horizontal, desplegado en el presente, sin límites precisos ni hijos, constituido tanto de *propinquii* como de *consanguinei*, de hombres y mujeres ligados tanto por la sangre como por el juego de las alianzas matrimoniales. Lo que contaba para él, para su éxito, para su fortuna, eran menos los «antepasados» que los «parentes cercanos», a través de los cuales podía llegar a las fuentes del poder, es decir, al rey, al duque o al jefe local, en todo caso, al hombre capaz de distribuir los cargos, los «beneficios», los honores. Lo esperaba todo de este *senior*; se esforzaba, pues, por realizar alianzas de todo tipo, por vincularse más estrechamente a su casa, por incorporarse a ella; ya que dependía de hecho de aquel señor, lo importante para él eran las relaciones y no la ascendencia. Era un beneficiario y no un heredero. Por el contrario, más tarde el individuo se siente incluido en un grupo familiar de estructura más estricta, centrado en la filiación agnaticia y de orientación vertical. Se siente

⁸ G. Duby, *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise*, Paris, 1953, p. 411 ss.

miembro de un linaje, de una estirpe, cuya herencia se transmite de padres a hijos; el mayor de los hermanos asume la dirección de la casa y la historia de ésta se puede escribir en forma de un árbol enraizado en la persona del antepasado fundador, quien secuenta en el origen de todo el poder y de todo el brillo del linaje. El individuo se transforma en un príncipe: ha tomado conciencia de heredero. Se siente noble porque ser noble es ante todo reclamar antepasados conocidos y referirse a una genealogía.

Pero, y esto es lo que interesa, en los tres momentos sucesivos en los que, desde la alta aristocracia a los niveles menores, la memoria de los antepasados se pierde, tanto para los historiadores como para sus propios descendientes ya hacia fines del siglo XII, parecen situarse también importantes modificaciones que afectan a las estructuras políticas y jurídicas. Tal coincidencia merece una particular atención. En el reino de Francia, el comienzo del siglo X es en efecto la época en la que los condes adquieren su autonomía frente a los grandes príncipes territoriales y comienzan a disponer libremente de su «honor» ya perfectamente integrado a su patrimonio en favor del mayor de sus hijos; en los alrededores del año mil, los castellanos tienen a su vez la oportunidad de acceder a la independencia y apropiarse de las fortalezas que hasta ese momento habían dirigido en nombre de otro; por último, hacia los años treinta del siglo XI, se observa por un lado, en el nivel inferior de la aristocracia, multiplicarse las concesiones de feudos, la tenencia feudal adquiere un carácter más netamente hereditario y se transmite regularmente de padres a hijos por las reglas de la primogenitura; mientras que, por otro lado, la situación de hecho de esta pequeña aristocracia se cristaliza en privilegios jurídicos alrededor de un calificativo, el título de «caballero» y de las funciones particulares que lo definen. De todas maneras, la conciencia genealógica aparece en el instante mismo en que la riqueza y el poder de los condes, de los castellanos y de los simples caballeros, revisten decididamente un cariz patrimonial y, en consecuencia, comienzan a entrar en juego las reglas sucesorias que favorecen a los hijos a expensas de las hijas, a los mayores a expensas de los menores y que valorizan, pues, a la vez la rama pa-

terna y la primogenitura. Retomo con placer una reflexión de Karl Schmid, que ha esclarecido singularmente mis investigaciones: «La casa de un noble se convierte en una casa noble cuando se convierte en el centro y en el punto de cristalización independiente y duradero de un linaje»⁹. Debemos insistir en esta idea de independencia, relacionando estrechamente tal fenómeno con el proceso de descomposición del poder real, con la dispersión de la autoridad, con aquella disociación progresiva de los poderes de mando que llamamos feudalismo. ¿La aparición de nuevas estructuras de parentesco en la aristocracia y la puesta en marcha del sistema feudal no progresaron acaso al mismo tiempo? Existe en todo caso, entre las estructuras de parentesco y las estructuras políticas una íntima correlación, una relación verdaderamente orgánica, que se expresa en el nivel de las representaciones mentales por la misma noción de nobleza y que este artículo —y éste es su único propósito— invita a estudiar a fondo.

⁹ «Zur Problematik von Familie, Sippe und Geschlecht, Haus und Dynastie, beim mittelalterlichen Adel. Vorfagen zum Thema 'Adel und Herrschaft im Mittelalter', *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins* 105, 1957.